

AUTORREFERENCIALIDAD EN LA CRISIS DE LA MODERNIDAD

(SELF REFERENCIALITY IN THE CRISIS OF MODERNITY)

WINFRIED NÖTH* (1)

RESUMEN

La idea de una autorreferencialidad en los signos ha sido considerado un síntoma de la crisis de la modernidad. Las imágenes del mundo ya no representan lo real, sino una mera virtualidad. Los signos se transforman en instrumentos de simulación en vez de representación. La autorreferencialidad de los signos aparece en todos los dominios de la cultura: moda, prensa, publicidad y producción de los bienes. Por tanto: si al fin del milenio llegamos al descubrimiento de que los signos se transformarán en meras simulaciones autorreflexivas, ¿cómo podremos evitar la constatación de que nuestro propio discurso se aniquila al llegar a la conclusión de que él también resulta ser una simulación semejante?

ABSTRACT

The idea of a selfreferenciality in signs has been considered a symptom of the modern crisis. The images of the world do not represent what is real, but mere virtuality. Signs become instruments of simulation instead of representation. Selfreferenciality of signs appear in all dominions of culture: fashion, press, publicity, and production of goods. Thus if at end of the millennium we come to the discovery that signs become were selfreflexive simulations, how can we avoid the verification that our own discourse is annihilated on coming to the conclusion that it also proves to be such a simulation?

AUTORREFERENCIALIDAD COMO RADICALIZACIÓN DE LA CRISIS DE LA REPRESENTACIÓN

La modernidad es la era de la crisis de la representación. Esta fue la tesis central que Foucault desarrolló en su obra maestra **Les mots et les choses** en 1966. Foucault incluso llegó a prever el nuevo paradigma de la posmodernidad que ha llegado a ser el paradigma intelectual predominante en el fin del milenio.

Si la crisis de la representación es la característica semiótica de la modernidad, su radicalización en la teoría de la autorreferencialidad de los signos es el factor semiótico de la era posmoderna. Dado que la crisis de la representación se debía a la pérdida de las certezas que resultaban del agnosticismo en relación con la existencia de un mundo de los referentes de los signos, la teoría de la

* Universität – Gesamthochschule Kassel, Anglistik/Linguistik und Semiotik, Georg-Forster-Straße 3, 34109 Kassel, Alemania

autorreferencialidad de los signos es la radicalización de esta crisis. Esta teoría llega hasta el punto de afirmar que los signos sólo se refieren a algo meramente construido por los propios signos; pero que esta construcción semiótica sería algo que se auto-deconstruiría en el proceso de la semiosis hasta el punto de desembocar en una nueva virtualidad semiótica, siendo incluso capaz de transformarse hacia procesos semióticos autónomos en una era pos-humana.

LA HISTORIA DE LA CRISIS DE LA REPRESENTACIÓN EN LA MODERNIDAD

Foucault describe la crisis de la representación como un proceso semiótico en tres pasos. El primero aconteció en el clasicismo, vía la semiótica de Port Royal, que abandonó el modelo sígnico triádico de los estoicos por un modelo diádico que excluye al objeto como correlato del signo. En paralelo con esta primera deconstrucción del signo tiene lugar el desplazamiento de la semiótica del Renacimiento, basada en la idea de una iconicidad esencial de los signos, por una semiótica que enfatizaba la idea de su arbitrariedad esencial. El resultado de este proceso fue el paradigma semiótico racionalista totalmente dedicado a la lógica del signo, que se consideró como el modelo de la lógica de las cosas.

El segundo paso en la crisis de la representación, según Foucault, se configuró con el paradigma histórico del siglo XIX, cuando la confianza en la racionalidad autónoma de los signos fue sustituida por la idea de la historicidad de los signos. Los signos eran tal como eran, no a causa de las cosas representadas, ni por las leyes de la lógica de los signos, sino a causa de la evolución e historicidad de los mismos signos, cuyas leyes evolutivas se concibieron como autónomas e independientes de las cosas.

El tercer paso en la crisis de la representación, según Foucault, se efectúa en el arte del siglo XX, cuando los signos desaparecen en la fragmentación del discurso de Mallarmé, y en la visión del estructuralismo de Saussure, según el cual los signos tienen valor solamente por las diferencias y oposiciones en relación con otros signos del sistema sígnico.

Las etapas de la crisis de la representación esbozada por Foucault son las etapas de la historia de la modernidad, que comienza con el Renacimiento, en lo que concierne a la filosofía, y con Mallarmé y Picasso, en lo que concierne a la literatura y al arte.

La linealidad en la evolución de la crisis de la representación que Foucault sugirió no se corresponden todavía completamente con los hechos de la historia de la semiótica. En el siglo XX, la semiótica estructuralista era contemporánea de la semiótica neopositivista a lo Carnap. Esta afirmaba el objeto empírico, el denotatum, designatum, o referente, como correlato del signo, y de esta forma negaba la idea de una crisis de la representación. Más tarde, la ciencia cognitiva y la informática habrían de concentrarse en el proyecto común de modelos de representación mental o artificial del mundo. La idea de la representación sígnica es por lo tanto contemporánea de la idea de la crisis de la representación. Antes de examinar mejor esta duplicidad en las teorías de la representación, analizaré primeramente la paradoja y la ubicuidad de lo autorreferencial en las teorías del signo.

LA PARADOJA Y LA UBICUIDAD DE LA AUTORREFERENCIALIDAD

La idea de la autorreferencialidad del signo constituye una paradoja. Si el signo es algo que está para algo, **aliquid pro aliquo** – como afirmaron los clásicos – el signo que se refiere a sí mismo en lugar de referirse a algo diferente contradice la propia idea del signo. No obstante, elementos y aspectos de reflexividad no son tan insólitos en el proceso de la semiosis como parecería.

Hay elementos de autorreferencialidad tanto en el estructuralismo saussureano y en el funcionalismo semiótico de Jakobson, como en la teoría semiótica de Peirce.

El elemento autorreferencial en la semiótica de Saussure está en su tesis sobre la calidad diferencial de los signos. El signo, para Saussure, no se refiere a nada que no sean otros signos. El mundo fuera de los signos es una mera neblina. La aloreferencialidad, que es la referencia a algo no-sígnico, no es posible. Los signos se refieren siempre meramente a signos. Y en este sentido, los signos tienen un elemento de autorreferencialidad. Fue Lacan quien radicalizó la idea saussureana de la arbitrariedad, al decir que hay un abismo insuperable entre el significante y el significado, sin ningún acceso del primero al segundo. En esta interpretación, la idea de la autorreferencialidad del signo es radicalizada. Los significantes de los signos sólo pueden considerarse en sí mismos, porque no permiten ningún conocimiento de sus significados.

El aspecto autorreferencial de los signos también aparece en las seis funciones semióticas de Jakobson. Sólo dos de estas funciones son genuinamente aloreferenciales: la propia función referencial, porque en este caso el signo se refiere al mundo de las cosas y de las situaciones, y la función conativa, porque en este caso el signo se dirige al receptor del mensaje. Las cuatro funciones restantes son autorreferenciales hasta un cierto punto. Primero, la función poética, que se dirige a la materialidad del signo. Segundo, la función fática, que ignora las referencias del signo con la finalidad de mantener el contacto propio del diálogo. Tercero, la función metalingüística, en la medida en que se refiere solamente a signos y no al mundo. Finalmente, también la función emotiva, en la medida en que se concentra en el emisor de los signos y no en el mensaje emitido.

En la semiótica de Charles Sanders Peirce, el aspecto de la autorreferencialidad de los signos se presenta en la medida en que los signos participan en la categoría de la primeridad. Todo signo participa en esta categoría, porque uno de sus constituyentes es el representamen, signo en sí solo. Pero, en la clase del **quali-signo**, la primeridad predomina sobre la referencialidad del signo. Puesto que es un cuasi-signo considerado en sí mismo, en su calidad fenomenológica, sin relación a nada más, el ícono puro es un signo autorreferencial.

LA RADICALIZACIÓN POSMODERNA Y POSESTRUCTURALISTA DE LA AUTORREFERENCIALIDAD DE LOS SIGNOS

La radicalización de la idea de la autorreferencialidad se manifiesta en las teorías pos-estructuralistas de la cultura pos-moderna. Lyotard, por ejemplo, desarrolla la tesis de la pérdida de una realidad que precede a la representación en

un mundo que se presenta solamente como discurso, ya que el mundo ha perdido su representatividad absoluta. Virillo y Baudrillard son otros teóricos que lamentan la pérdida de los referenciales de los signos: en vez de un mundo representado, la cultura pos-moderna nos confronta con un mundo construido. Los medios de representación, los signos, comienzan a disolverse en la hiperrealidad de los simulacros. Las imágenes del mundo ya no representan lo real, sino una mera virtualidad. Los textos pierden su autonomía y desembocan en la red de la hipertextualidad. Los signos se transforman en instrumentos de simulación en vez de representación. La autorreferencialidad de los signos aparece en todos los dominios de la cultura.

En la **moda** el único referencial del último grito de las novedades del día es la moda de la **víspera**. En la **producción de los bienes** de la vida cotidiana, la funcionalidad y utilidad de los objetos se pierde en los gadgets superfluos de la hiper-civilización del fin de este milenio. En los **media**, los mensajes se vuelven cada vez más autorreferenciales. La **prensa** nos trae reportajes de reportajes. El **cine** tematiza al cine. Los filmes se vuelven meta-filmes. Hasta la **publicidad** comienza a desistir de las referencias a los productos. La propaganda de Camel ya no refleja más que el propio nombre. La propaganda de Marlboro sólo perpetúa la propia mitología, y las informaciones sobre los últimos modelos de automóviles son autorreferenciales en la medida en que sólo presentan sus diferencias con los modelos anteriores.

Un aporte suplementario respecto a la idea de la autorreferencialidad de los signos proviene de las ciencias del fin del milenio: la **física cuántica** descubrió la imposibilidad de una observación de las cosas que no esté ya afectada por el propio proceso de observación; la **teoría de los fractales** descubrió el fenómeno de la auto-semejanza en procesos que previamente parecían caóticos; o la teoría de la auto-poiesis del constructivismo radical, que tematizaba la autorreferencialidad de los signos como un hecho fundamental de la cognición y de la comunicación.

APORÍAS Y PARADOJAS

La radicalización de la idea de la autorreferencialidad, sin embargo, desemboca en aporías o incluso paradojas. La aporía es evidente en las posiciones apocalípticas de Baudrillard, quien habla de la pérdida de lo referencial en la hiper-realidad pos-moderna, sin poder explicar las estructuras referenciales de un mundo anterior a esa pérdida y en el cual esas referencias todavía existían. La aporía culmina en una paradoja, cuando el principio de la autorreferencialidad se aplica al propio discurso de los críticos, que censuran el mundo que sólo se manifiesta en forma de enunciados, pues el mundo de los enunciados incluye los enunciados del propio discurso. Si al fin del milenio llegamos al descubrimiento de que los signos se transformarán en meras simulaciones autorreflexivas, ¿cómo podremos evitar la constatación de que nuestro propio discurso se aniquila al llegar a la conclusión de que **él** también resulta ser una simulación semejante? Lamentablemente una respuesta semiótica a esta pregunta exigiría una elaboración más extensa para la cual aquí no disponemos de espacio.

NOTAS

- 1) Universität – Gesamthochschule Kassel, Anglistik/Linguistik und Semiotik, Georg-Forster-Straße 3, 34109 Kassel, Alemania - Tel.: 0049 561 804-3349, Fax: 0049 561 804-3959, e-mail: noeth@hrz.uni-kassel.de, <http://www.uni-kassel.de/~noeth>

BIBLIOGRAFIA

FOUCAULT, M (1966). Les mots et les choses. Paris, Gallimard.

NÖTH, W (2000). Handbuch der Semiotik. Stuttgart, Metzler.